

LOS APORTES DE LA VIDA RELIGIOSA A LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN, HACIA EL FUTURO

Bárbara P. Bucker, MC*

El tema que voy a proponer consta de **tres partes** claramente enunciadas en el título: los aportes de la Vida Religiosa, a la Teología de la Liberación, orientando el futuro.

Cuando se habla del aporte que una persona o institución puede ofrecer a otra, se piensa en algo propio, característico. El “**aportar**” se realiza dentro del “**compartir**”, del recibir y dar en reciprocidad.

La celebración de los 50 años de la CLAR es un buen momento para reflexionar sobre cuáles son nuestros **aportes** a la Iglesia, a la propia Vida Religiosa y a la teología tanto de la VR como de la liberación, pero al mismo tiempo reflexionar sobre **lo recibido** de la Iglesia y el mundo en ese diálogo.

La CLAR nace en el clima del Concilio y manifiesta la eclesiología de la Constitución *Lumen Gentium*. La Iglesia es representada como el Pueblo de Dios, dentro del cual hay que situar las relaciones de jerarquía y laicado. Pero al lado del “**primado petrino**” que encuadra esas relaciones, hay otro primado, “**el mariano**” referido a la vocación de toda la Iglesia a la santidad.

.....
* Religiosa de las Hermanas Mercedarias de la Caridad. Vive en la periferia de la Ciudad de Rio de Janeiro/Brasil. Profesora Plena en la Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro, con el curso de Ética Cristiana. Trabaja en el Equipo de Reflexión Teológica de la Conferencia de Religiosos de Brasil. Da cursos de teología en el SEPI (South East Pastoral Institute) de Miami. Acompaña varias congregaciones y grupos de laicos con cursos de teología, discernimiento y dirigiendo ejercicios espirituales. En varias ocasiones ha visitado la realidad de algunas Conferencias de Religiosas/os de América Latina con el mismo fin de asesorar en los cursos enumerados anteriormente. Escribe en revistas de espiritualidad, en *Convergência* y en ciertas ocasiones en *Testimonio* y *Vida Religiosa* de España. Ha publicado varios libros con otros autores.

La Vida Religiosa se realiza dentro de la vocación laical, pero tiene, a su vez, como identidad marcada la vocación a la santidad, que es común a todo el pueblo de Dios, pero confiere a la Vida Religiosa su signo característico¹.

1. El aporte de la vida en comunidad

La Vida Religiosa es un “carisma”, don del Espíritu para el bien de toda la Iglesia, carisma de seguimiento de Jesús en comunidad de vida.

1.1. Carisma del Espíritu a la Iglesia... – Como carisma nace de la gratuidad y espontaneidad con que Dios responde a signos de los tiempos. El carisma se comprende por el contexto en que nace. El **nacimiento de una congregación** se explica por determinadas **circunstancias históricas**. San Juan de Dios se siente urgido por el Espíritu para servir a los **enfermos**; Marcelino Champagnat, Juan Bautista de la Salle, Juan Bosco Beato, Padre Juan Nepomuceno Zegrí y tantos otros fundadores de **comunidades educativas** han sido respuesta sobre todo a la juventud pobre y abandonada; la expansión misionera de la Iglesia se apoyó en gran parte en obras e instituciones de congregaciones religiosas. El Espíritu ha mostrado cómo puede ser vivido un **carisma misionero** no sólo en la actividad itinerante de un Francisco Javier, sino también en la vida oculta contemplativa de una Teresita del Niño Jesús. Vocaciones religiosas **contemplativas** recuerdan permanentemente a toda la Iglesia la necesidad de vivir por la oración, la intimidad del amor de Cristo, sea retirándose del mundo o insertándose en él, sobre todo entre los pobres.

1.2. ...para el seguimiento de Jesucristo... – La esencia de la fe cristiana puede expresarse con esta breve idea de Juan, 3,16: “**Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo para salvarlo**”. El misterio de la Trinidad nos dice que detrás del envío del Hijo por el Padre se esconde un profundo amor, como Juan lo destaca. Pero implícitamente se puede decir también que “**tanto amó el Hijo al Padre que aceptó el envío al mundo**”.

Detrás del regalo del Padre al mundo está la **obediencia amorosa y libre** del Hijo en darse Él mismo al mundo para revelar al Padre; y estas dos personas en su amor muestran al Espíritu por la comunión. El Padre envía no sólo al Hijo sino con Él y por Él al Espíritu y este Espíritu nos une en amorosa obediencia por el Hijo al Padre. El **Espíritu actúa convocándonos** por la fe para formar la Iglesia. Ésta como **Esposa está unida por amor a Cristo, el Esposo**. Los carismas que el Espíritu da a la Iglesia manifiestan la plenitud de la gracia de Cristo. A toda la Iglesia le es dado el Espíritu aunque los carismas sean distintos.

En los orígenes de la Vida Religiosa cristiana se sitúa la vocación al testimonio radical del **seguimiento de Jesucristo**. Los monjes del desierto se dedican a la oración, pero van descubriendo el valor de la comunidad, de la **vida en común**. En realidad ese modelo ya existe en los evangelios: la misma comunidad de discípulos que Jesús llama para vivir juntos la dedicación al Reino.

1.3. ...en una forma de vida comunitaria... – La diversidad de formas de Vida Religiosa se debe a las características de cada momento histórico pero hay algo que es común **la vida en comunidad**. Se trata de comunidades que nacen de la fe y que tienen su modelo en la comunidad de discípulos que Jesús convocó para “estar con Él” y “enviarlos a anunciar el Reino de Dios”. El discipulado es la base para la misión y toda misión tiene su modelo fundamental en el envío del Hijo por el Padre al mundo para salvarlo.

El aporte de la **vida comunitaria** es significativo en el contexto de la Quinta Conferencia de los Obispos en Aparecida. Se nos invita a **volver “a los comienzos”** y así se recupera una etapa que a veces desaparece por completo cuando se pasa de Cristo a una Iglesia estructurada jerárquicamente.

No es conforme a la verdad histórica pensar que entre Cristo y la Iglesia hay una directa e inmediata **transferencia de autoridad y po-**

der de modo que la persona de Cristo deja de tener importancia para dársele a las estructuras eclesiales. Estar unidos a Cristo es la única manera de entender el sentido y la misión de la Iglesia.

Entre Jesús de Nazaret y la Iglesia tal como hoy la conocemos jerárquicamente estructurada, hay una etapa intermedia, en donde todavía no hay autoridades entre los discípulos, sino una intensa vida comunitaria. Los evangelios nos hablan de **dos tipos de decisiones de Jesús**: llamar para el discipulado y escoger dentro de ellos a los “doce” con una especial vocación de servicio.

Los escogidos para el ministerio no dejaron de ser escogidos para el discipulado; esta llamada abarca a los doce y a todos los que sin ser apóstoles, sí fueron en pleno sentido, discípulos y misioneros, es decir, sencillamente el “pueblo de Dios”. Santo Tomás de Aquino llega, incluso, a llamar a María Magdalena la “apóstol de los apóstoles” por llevarles el mensaje de la Resurrección².

1.4. ...en la que la autoridad es el poder de servir... – Si la fe de la Iglesia nace de la Palabra de Dios y esta Palabra tiene su centro en los Evangelios, lo que allí es narrado tiene una fuerza constitutiva del ser de la Iglesia. La vivencia comunitaria es la que da su sentido propio a la autoridad jerárquica. Pedro, **antes de ser el primero** entre todos, **ha sido uno igual** a todos, porque Pedro y los demás apóstoles saben que sólo hay un Maestro que es Cristo. Él es el centro de referencia y por eso Aparecida insiste una y otra vez en volver al discipulado que marcó el nacimiento de la Iglesia.

La Iglesia se renovará si volvemos al proceso inicial, si vivimos intensamente **lo comunitario en donde tiene sentido la autoridad**, porque la autoridad que Cristo nos deja es la de la “ley del amor”. “Autoridad **sin comunidad**” es como “ley **sin amor**”. La ley del Evangelio difiere de cualquier otra ley humana que puede unir un grupo humano por la legalidad de sus normas. Es una ley que **nace del amor y hace crecer el amor**.

Los frutos de las leyes en la Iglesia deben medirse por el crecimiento de la comunión fraterna. Los frutos de la obra del Espíritu siempre unen y nunca dividen; unen en la fe, la esperanza, el amor; no dividen en categorías, clases, funciones, razas, culturas, etc.

El carisma que convoca a la Vida Religiosa en comunidad es un precioso regalo para la Iglesia. Nuestra gran contribución es vivir nuestra fe en comunidad de discípulos-misioneros. Nuestro estilo de vida es el que más cerca está de la comunidad apostólica, siempre **en presencia del maestro**, viviendo nuestras vidas en su presencia, teniendo **el sagrario como centro** de la vida comunitaria tanto en lo que concierne la vida humana de compañeras/os de proyecto como del sacramento.

1.5. ...para crecer en el amor – Pero, hay que aprender a vivir y amar en comunidad siempre. Sobre este tema no hay nadie que pueda afirmar que ha llegado al ideal propuesto. Sin embargo, el amor humano es el regalo de Dios que más nos asemeja a Él. “Dios es amor”, nos recuerda el Papa Benedicto XVI en su primera Encíclica, tomando como camino la afirmación de Juan 3,16.

El cauce natural de la vida humana es que pueda **nacer del amor** del hombre y de la mujer que se aman. Pero el don divino del amor fácilmente se desvía y pierde su sentido, porque en vez del amor lo que existe es la búsqueda del placer egoísta. El **amor humano tiene que ser educado** para llegar a la madurez; sucede en la familia y en todos los tipos de convivencia humana donde se pide la hondura del afecto para perseverar en la unidad.

Aprender a amar es muy difícil y requiere un continuo crecimiento en madurez y esto sucede también en la Vida Religiosa. La comunidad nos presenta caracteres semejantes y también muy diferentes, personas con las que es agradable convivir y otras con las que es difícil.

La Vida Religiosa tiene una inmensa tarea para ofrecer a la Iglesia: su vida comunitaria bien vivida; ella es en las circunstancias actuales una “verdadera comunidad de discípulos/os”. Si meditamos los evangelios desde esta perspectiva, comprenderemos lo que fue para Jesús la convivencia con los discípulos, divididos tantas veces por ambiciones de poder, tensiones y caprichos, diferencias de carácter y hasta de proyectos de futuro.

Nos daremos cuenta del **proceso constante de crecimiento** que Jesús pide a sus discípulos para convivir unos con otros; progreso que se da en el creciente **devolver “bien por mal”**, en el proceso de la reconciliación. No debemos asustarnos si en nuestras comunidades hay conflictos y desentendimientos; lo que sí nos debería preocupar inmensamente es que esos conflictos no se terminen por la **reconciliación**; que perduren meses y aun años, y que dividan casas y provincias enteras de una misma congregación.

La primera comunidad de discípulos fue testigo de la **negación** de Pedro y de la **traición** de Judas; el Maestro pudo rehacer la misión de “roca” dada a Pedro porque hubo arrepentimiento; pero nada pudo hacer cuando no hubo humildad para pedir perdón. Lo que sucedió con la primera comunidad de discípulos, volverá a suceder con todas las otras comunidades a lo largo de los siglos. Para clarificar esta relación hablaremos de dos tipos de comunidad, pre-pascual y post-pascual.

La presencia del maestro fue para los discípulos “pre-pascuales” la que describen los evangelios. Nosotras/os somos discípulas/os “post-pascuales” que buscamos esa **presencia por la fe en los lugares** donde Jesús dijo que le encontraríamos: la **Palabra**, la **Iglesia**, la **Eucaristía** y los **Pobres**.

La comunidad religiosa es precisamente la experiencia de Iglesia para nosotras/os más inmediata y cotidiana; tenemos que vivir con coherencia la certeza de que Jesús, Maestro, está en medio

de nuestra comunidad si queremos que ésta sea “comunidad de discípulos”. *“Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy en medio de ellos”.*

El encuentro con cada uno de nuestros hermanos y hermanas en la Vida Religiosa, es un encuentro con el Señor; en cada uno de ellos y ellas hay la obra del Espíritu que va perfeccionando la consagración de los votos, la vida de fe, esperanza y caridad. Si Dios ha amado tanto al mundo que ha enviado a su Hijo, esto es también verdad para nuestro círculo de vida comunitaria; el Padre nos lo envía allí, para que por la fe lo encontremos; y el Hijo acoge esa voluntad, Él acepta ser enviado, “se envía a sí mismo” disponiendo totalmente de sí para hacer la voluntad del Padre.

El mayor aporte de la Vida Religiosa a la teología, a la propia Iglesia, es el testimonio de nuestras comunidades religiosas como espacio de discipulado-misionero.

2. El aporte de la Vida Religiosa a la Teología de la Liberación

Este aporte se da en el campo común de la teología, tanto de la Vida Religiosa como de la liberación.

2.1. El aporte de la vida en común se tematiza por la reflexión teológica... – Una manera de explicar el sentido de la vida en común es el recurso al “logos” de la razón, vinculado a todo lo que hace referencia a lo divino. La teología, etimológicamente es la unidad entre Dios como objeto y logos como razón y palabra humana. En este sentido la teología es la capacidad **humana de decir algo sensato** sobre Dios; pero no toda teología nos acerca a lo específico cristiano. Debemos superar el espacio de una teología natural y acceder a una “revelada”, en la que **primero “escuchamos al Dios que nos habla” antes de decir nuestra palabra** sobre Él.

2.2. ...específicamente cristiana... – Nuestro acceso a una teología específicamente cristiana tiene que distinguir los mensajeros que nos hablan sobre Dios, Moisés y los profetas en el Antiguo Testamento y Jesús, Hijo del Padre, en el Nuevo (Heb 1,12).

Muy importantes consecuencias se derivan del hecho de acoger las palabras del Hijo que revelan al Padre. En **primer lugar** la necesidad de **cambiar el nombre de “Dios” para “Padre”**, por tanto “Patrología”, si no estuviese ya esta palabra limitada a la patristica. Pablo cambia su oración del “Bendito sea Jahvé” al “Bendito sea el Padre de Nuestro Señor Jesucristo”. En **segundo lugar**, la necesidad de **ampliar el “conocimiento lógico-conceptual” con el afectivo-experiencial**.

No se conoce bien a un padre sin tener una “perspectiva” propia de quien es “hijo”. Las relaciones entre dos personas exigen el conocimiento de ambas para ser comprendidas. Para conocer al Padre de Jesús tenemos que ser conducidas/os del Hijo al Padre y “convivir” el afecto filial.

En **tercer lugar**, si el Padre a quien el Hijo revela es **también el padre de cada ser humano**, no lo podemos afirmar con profundidad sin vivir seriamente la fraternidad y sororidad, porque el vínculo de la paternidad no se agota entre Dios y un solo ser humano, excluyendo a otros, sino los incluye a todos, hombres y mujeres.

2.3. ...sobre las experiencias filiales y fraternas... – Una teología cristiana de la liberación no sólo tematiza la liberación como relación Dios-ser humano, sino el hecho de acceder al Padre por el Hijo y de **ser testigo de la filiación** ante un mundo de hermanos y hermanas.

La liberación puede recibir aportes de la teología cuando el individuo se siente oprimido por malestares individuales de carácter psicológico y esta ciencia también contribuye a vivir saludablemente las relaciones con lo divino. Pero las relaciones entre teología y ciencias

sociales son mucho más complejas, porque involucran también los roles históricos de las iglesias en los procesos sociales de liberación.

Entramos en el delicado campo de las relaciones de poder y de las tentaciones del ejercicio del modo mundano del poder, opuestos a los criterios evangélicos que Jesús presentó al lavar los pies a los discípulos.

2.4. ...ante el desafío de los pobres de América Latina... – El aporte de la Vida Religiosa a la Teología de la Liberación, vivido ya por cada comunidad de discípulos misioneros en torno al Maestro que es Cristo nos contextualiza con el proceso de al menos cuatro décadas de vida eclesial y social latinoamericana pensando el tema de la liberación. Indudablemente que al logos humano de la liberación de opresiones psicológicas y sociológicas debía añadirse el logos específicamente teológico de la liberación del pecado, armonía de saberes que no siempre fue fácil.

El “logos” del conocimiento científico **se deforma cuando los intereses predominan sobre la razón**; lo razonable como camino de acceso a la verdad, se disfraza de razón cuando se quieren defender posiciones de poder. Tenemos el fenómeno de la “ideo-logía” donde la **“utilidad” de una idea sustituye a la verdad** de la misma.

Pablo VI llamó la atención sobre el discernimiento de las ideologías y el correcto uso de utopía y ciencia³, y dos documentos de la Congregación de la Doctrina de la fe⁴, tocan el tema de riesgos ideológicos para la Teología de la Liberación. No faltaron algunos Obispos que quisieron **omitir en Puebla el texto de los rostros de Cristo⁵ porque eran “ideológicos”**. Se decía que el tema de los “pobres” era ideología marxista y que había que evitarlo de cualquier modo para evitar la contaminación ideológica.

2.5. ...para anunciarles hoy la buena noticia del Reino de los Cielos – Hoy este debate parece definitivamente superado cuando leemos el magnífico texto de *Novo Millennio Ineunte*⁶. Desde estas ense-

ñanzas del Magisterio entendemos que el centro de esta teología es la **presencia de los pobres en el mundo que nos invita** al compromiso con ellos como expresión de **nuestro amor a Jesucristo**.

En la Iglesia hay aportes a la Teología de la Liberación que vienen desde las ciencias sociales, desde trabajos de promoción y de desarrollo, desde las vocaciones políticas de los **laicos**. Pero el aporte de la **Vida Religiosa** viene de algo que es central a la vez tanto para la Teología de la Liberación como para la Vida Religiosa, que es la teología, como camino de una comprensión de Dios.

Se trata de un Dios “que se ha hecho pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza” y se manifiesta por tanto en una “fe cristológica” que encierra dentro de sí, en forma implícita, la opción preferencial por los pobres.⁷ El “hacerse pobre”, tal como nos lo revelan los evangelios, es compartir una situación humana que afecta a las grandes mayorías de la humanidad, pero que tiene un objetivo “enriquecernos con su pobreza”.

Es la paradoja de la pobreza evangélica que enriquece porque abre a otro tipo de riquezas que el mundo ignora y no puede valorar. El logos de esta teología *cristológica* nada tiene que ver con el logos filosófico sobre Dios de la filosofía griega. Sólo se comprende desde la revelación que el Hijo hace del Padre y por tanto si “entramos” en la relación mutua entre el Padre y el Hijo, en donde Cristo no es solamente el mensajero del Padre que nos interpela, sino su Hijo, y por tanto rompe el logos griego.

Un Dios que “se hace pobre” rompe todos los esquemas teológicos tradicionales tanto por el “hacerse”, **incompatible con la eterna inmutabilidad de lo divino**, como por la pobreza que significa **degradación** de la misma condición humana. Pero ese es precisamente el Dios que se nos revela en Jesucristo y que da sentido a la opción preferencial por los pobres.

Entendida de esta manera, la Teología de la Liberación no es ideología política sino exigencia del Evangelio. La Teología de la Liberación se vuelve ideología cuando **se la defiende o se la ataca** rompiendo el vínculo esencial que la teología tiene con la vida de Jesús narrada por los Evangelios.

Así como la vida en comunidad es un proceso de discipulado creciente, también la comprensión de esta pobreza que enriquece, supone un proceso de conversión, de búsqueda de los bienes del Reino que nos llevan a encontrar la dignidad de cada ser humano y en particular de los pobres por lo que tienen en sí, de haber sido amados gratuitamente por Dios.

La VR es una manera de vivir en la historia que se justifica por la fe en Dios que ama de tal manera al mundo que le entrega a su Hijo Jesucristo. Por tanto, el aporte hay que verlo en la línea de algo que pertenece a la Vida Religiosa y al mismo tiempo es el eje de la Teología de la Liberación.

Este punto de unidad es la presencia de los pobres. Los pobres concretos interpelan nuestro modo de pensar y de vivir la pobreza. Y a su vez, la Teología de la Liberación nace, crece, se desarrolla y apunta a servir la causa de los pobres.

Si la experiencia de la comunidad de discípulos-misioneros que debe ser cada comunidad de Vida Religiosa es el primer aporte para toda la Iglesia, surge otro **aporte específico de la Vida Religiosa por la consagración de los votos**, y en forma especial por el de la pobreza.

La consagración como donación a Dios no es un movimiento sólo hacia arriba, sino también hacia abajo. Nos ofrecemos a Dios... para hacer su voluntad (= bondad), es decir, para ser enviados.

Consagración y misión no se separan, sino que **se exigen mutuamente**. El Cristo que está presente en la comunidad de sus discípulos

misioneros es el mismo a quien vamos a encontrar en un sector privilegiado de la humanidad: en los pobres.

Pasamos de una vivencia de Cristo a otra vivencia, pero es la misma persona la que está en la comunidad de discípulos y en los pobres.

La teología de la Vida Religiosa, sobre todo en el tema de la pobreza, debería ser el camino de nuestro aporte a la Teología de la Liberación. La praxis de vida de una comunidad religiosa que vive en pobreza y que sirve a los pobres, debería alimentarse de la reflexión teológica centrada en el servicio a los pobres.

Esta pobreza asumida por Cristo es a su vez una riqueza, porque nos abre a la dignidad y valor de cada ser humano por ser hijo o hija de Dios. Las falsas riquezas que el mundo tanto valora y que llevan al desprecio de los pobres, no tienen valor para el espíritu evangélico.

Los pobres son la riqueza que Dios confía a la Iglesia; en ellos y ellas se encuentran dinamismos y fuerzas para comprender un mundo justo y para construirlo. Los pobres entienden el Reino y lo anuncian (cf. Mt 11, 25-26).

El aporte de la Vida Religiosa a la Teología de la Liberación es manifestar el encuentro de los discípulos y discípulas con el maestro en la presencia de los pobres. Encontrar a Jesús en los pobres debe ser siempre una evidencia para la Iglesia, porque ella se entiende mejor que nunca como Esposa de Cristo, y cuando Cristo es encontrado en los pobres, **la Esposa ha reconocido al Esposo.**

Quienes viven la vida como comunidad de discípulos/as-misioneros/as, siempre en torno al Maestro son los que por vocación propia deberían descubrirlo de inmediato en los pobres. Este es el mejor aporte de la Vida Religiosa a la Teología de la Liberación: **mostrar en vida y gestos concretos lo que ha reflexionado a nivel de razón y corazón.**

Juan Pablo II en *Novo millennio ineunte* profundiza esta bellísima idea del encuentro Esposa-Esposo en los pobres. Una auténtica contemplación de Cristo nos lleva al reconocimiento de su presencia:

Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que **saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse.**

Esta página (Mateo 25, 35-36) no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia (NMI, 49).

La Vida Religiosa como vida de comunidad de fe referida a Jesucristo debe crecer en su percepción de la presencia del Maestro en los pobres.

3. El aporte de la Vida Religiosa para orientar el futuro

3.1. En una cultura que mira al futuro... – Este tercer elemento de nuestra reflexión nos invita a mirar hacia delante. Hoy tenemos mayor sensibilidad sobre el tiempo futuro que sobre el tiempo pasado. Las generaciones que nos precedieron buscaron la confianza y seguridad en mantener tradiciones pasadas, a veces bloqueando verdaderas iniciativas y proyectos que hubieran transformado la vida. Se decía, no sin cierto pesimismo que “más vale malo conocido que bueno por conocer”.

Esta **seguridad del pasado** ha sido también muy frecuente precisamente en la Vida Religiosa, a pesar de que cada carisma nuevo es invitación de novedad, y al mismo tiempo recuerdo de que los carismas si no dan respuesta a los signos de los tiempos, se marchitan y mueren.

En los siglos XII y XIII se prohibían nuevas fundaciones religiosas; las que nacían debían “encuadrarse” en las antiguas. Los moldes de Vida Religiosa monástica no eran apropiados para las órdenes apostólicas. Congregaciones femeninas dedicadas a la educación, como la Compañía de María, debían guardar clausura y tener por tanto a las alumnas encerradas “dentro” de los conventos. El Espíritu actuó de tal manera que los cambios se realizaron porque los ojos y los corazones se abrieron a las novedades de los tiempos.

El tiempo tiene dos formas de medida, el **cronológico**, donde el tiempo se divide en segmentos iguales que se suceden unos a otros, y el **kairológico** donde Dios irrumpe en forma creadora revelando sus proyectos.

La **seguridad** para el futuro **cronológico** está en el poder de la técnica que es controlada y dirigida por los seres humanos. La **seguridad** del futuro **kairológico** descansa en la **promesa y la fidelidad de Dios a su palabra**.

Nuestro tema tiene un **tercer eje** que se articula con los dos primeros, es decir, el aporte de la Vida Religiosa, la Teología de la Liberación, y la **orientación al futuro**. Los rápidos progresos en tecnología abren cada vez más la imaginación para un futuro, que casi siempre se reduce a pensar nuevos avances en tecnología. De ahí la paradoja de estar super-adelantados en lo que se refiere a la técnica y cada vez más atrasados en lo que se refiere a la ética.

No tenemos valores ni normas que nos ayuden para manejarnos como seres humanos en medio de tantas maravillas tecnológicas. Por eso el aporte de la Vida Religiosa para el futuro de la humanidad no va por la tecnología, sino más bien por el sentido de la vida: **encontrar el sentido de por qué y cómo vivimos**.

Este “**vivir con sentido**” descansa sobre la experiencia de “**vivir en comunión**” saliendo al encuentro del otro. Otro que es el diario

descubrimiento sorpresivo del encuentro con el otro de la comunidad y el Otro divino que garantiza con su palabra el cumplimiento de su promesa.

El origen y el fin de la historia tienen dos términos científicos en la teología: la **protología o razón de las cosas iniciales**, y **escatología o razón de las cosas últimas**. Entre estos dos puntos se desarrolla toda la existencia humana y dentro de ella la iglesia y la Vida Religiosa.

3.2. ...la Vida Religiosa comprometida en “lo penúltimo”... – Podemos afirmar que la vida humana se sitúa en el campo de las “**cosas penúltimas**”. Si miramos la historia desde sus comienzos todos los eventos se encadenan unos a otros, sucediéndose a partir del inicio; son “efectos” de “causas eficientes”.

Pero lo más propio del ser humano es tener “fines”, es decir, razones y motivos para vivir. Las “**causas finales**” funcionan al revés de las “**causas eficientes**”. Estas últimas son recordadas a partir de efectos, las finales son pensadas antes de que los efectos ocurran, las hacen existir aun cuando como causa final sólo exista en la mente. Actúan desde el fin último hacia atrás, en los fines intermedios que se vuelven “penúltimos”. El futuro se piensa desde lo último y desde allí se realizan los compromisos.

3.3. ...da el sentido de “lo último”... – La Vida Religiosa tiene sentido desde lo último, pero debe existir el firme compromiso con lo penúltimo para que lo último ocurra. **Existimos y actuamos en el espacio de lo penúltimo**, pero es **lo último lo que orienta y justifica nuestro actuar**. Lo último es el momento en que Cristo ofrece al Padre los frutos y resultados de toda la historia.

3.4. ...con la reflexión escatológica de los votos – En la teología de la Vida Religiosa se acude con frecuencia al tema escatológico para explicar la vocación al **celibato**: la Vida Religiosa prefigura de alguna manera las relaciones humanas definitivas donde la finalidad de la

procreación ya no tiene sentido y donde la experiencia del amor se extiende de lo conyugal hacia toda la fraternidad y sororidad humanas.

Lo mismo puede decirse de la **pobreza** y la **obediencia**. Nuestro ensayo de **la luz desde lo último sobre las tareas de lo penúltimo es pues una contribución de la Vida Religiosa** para el futuro de la teología y de la misma fe, de la misma Iglesia.

Pero hay una consideración previa. En la teología de los votos se ha destacado el aspecto de la “renuncia”, por ejemplo, del matrimonio por el celibato, del disponer de bienes propios por la pobreza, o de proyectos personales por la obediencia.

En toda jerarquía de valores hay que preferir los superiores sobre los inferiores. Lo expresamos al decir “vale la pena”; hay “pena” cuando hay “valor”. No es suficiente comprender los votos **desde las “penas de las renunciaciones” sin decir los “valores que se anuncian”**.

3.5 La castidad y el valor universal de la fraternidad y sororidad

– Dios ha creado al hombre y la mujer a su imagen y semejanza, pero lo corporal humano tiene un sentido limitado por el tiempo. La vida que se propaga en nuestra especie es semejante a la de los vivientes. La tarea de propagarla existe tanto tiempo cuanto exista la creación y lo instintivo de estas vidas es protegerlas por un núcleo vital que llamamos “familia”. Pero, lo humano se juega en la tensión entre los círculos protectores de lo “nuestro” y la realidad universal de toda la especie humana, más allá de cualquier límite.

Lo “último” de la afectividad humana ilumina lo penúltimo de los afectos restringidos en familias, razas, pueblos. Las restricciones conducen a la muerte, a las guerras, a la destrucción de los demás. Por lo penúltimo buscamos el equilibrio entre lo universal de lo humano y lo particular de los grupos que existen dentro de la universalidad.

El símbolo de lo universal humano que a la vez es un ser humano singular y único es el “**prójimo**”, al que cada uno debe amar “**como a sí mismo**”. Amamos a la humanidad entera con un corazón abierto, pero en circunstancias bien limitadas y concretas, “penúltimas”.

Vivir en comunidades de personas consagradas les permite dedicarse por entero a servir a todos los hijos e hijas de Dios que forman la gran familia humana. La globalidad de ese amor sin límites tiene, sin embargo prioridades y preferencias determinadas por las características de las personas a quienes debemos amar.

El amor que nace de nuestro corazón se siente atraído en forma particular por los que más carecen de amor, la Vida Religiosa es la disponibilidad para poder preferir a los que más necesitan de un amor verdadero.

También en la Vida Religiosa hay mucho de egoísmo, de intereses personales, de envidia, de luchas por el poder. Insistentemente debemos pedir la gracia de la comunión, del amor transparente, del ayudar a quien más necesita de nuestra palabra o gesto amigo y fraterno. El encuentro entre personas tiene sus exigencias en todos los estados de vida, lo confirma la crisis relacional dentro del matrimonio.

3.6. La pobreza y el uso de bienes para servir al prójimo – La pobreza vivida en la Vida Religiosa no puede confundirse con la simple buena administración de los bienes. No hace falta estar motivados por el Reino de Dios para ser un buen administrador. También los reinos de este mundo se guían por este criterio. Si en la castidad, el amor universal de hermanos y hermanas orienta la seguridad de los grupos particulares que se oponen unos a otros, y nos abre a todos, también en la pobreza la referencia a lo que se posee debe estar en equilibrio con las necesidades propias y las del prójimo.

El sabio “tener” de un creyente en Jesús debe guiarse por dos criterios: el primero, el servicio de los prójimos necesitados, porque ellos y

nosotros formamos la unidad humana, y el destino de los bienes no es su acumulación sino servir a la vida; y el segundo por la razón histórica de que Jesús “fue el amigo de los pobres”, es decir buscó la amistad de los que eran excluidos en la sociedad de su tiempo.

La teología de la Vida Religiosa ha acudido a la escatología para fundar el sentido profético de la castidad; pero ha sido muy débil el recurso a la escatología para el tema de la pobreza, siendo precisamente este punto el que con más claridad aparece en los evangelios.

La escatología cristiana debe ser continuamente reinventada a partir de la escena del juicio final de Mateo 25. Los hambrientos, sedientos, sin ropa, sin techo, encarcelados, enfermos son los primeros en reclamar nuestra atención. Esta “prioridad” no es de tipo sociológico o humanitario; para las comunidades de fe que constituyen los núcleos de Vida Religiosa, la prioridad es cristológica, cristocéntrica. Escatología y pobreza forman un conjunto temático de alto contenido teológico.

Si la Vida Religiosa aporta a la teología algo nuevo es porque desde su modo de vivir se ha suscitado una reflexión (logos) que ha alimentado una praxis de servicio preferencial a los pobres. La opción preferencial por los pobres, de la que la Teología de la Liberación habla con insistencia y necesita de testimonios claros y patentes.

Vivir la pobreza como un voto no es sólo comprometerse a un mejor uso racional de lo que se tiene gracias a una administración centralizada que controla los haberes, sino **abrir el corazón a la amistad** de aquellos a quienes Cristo privilegió al anunciar el Reino.

La pobreza religiosa no mide relación con cosas sino con personas, y establece prioridades no hacia los que más tienen sino a los que tienen menos o nada.

Volviendo a una eclesiología que busca en la comunidad de discípulos misioneros el germen de la vida institucional de la Iglesia, reafirmamos nuestro gran aporte como religiosas/os: el de vivir en auténticas comunidades discipulares que se hacen misioneras.

Las/os religiosas/os asumimos como estilo de vida y en forma permanente aquella comunidad de discípulos misioneros en torno a Cristo. Aportamos a toda la Iglesia el vivir esa comunidad de fe “a tiempo completo”, experimentando los momentos de fidelidad y también de infidelidad cuando no sabemos salir de los egoísmos propios para buscar el bien de todos.

La vida en comunidad como aporte, ofrece además, el testimonio de la preferencia por los pobres, a quienes nos vinculamos de modo especial por la pobreza. Los religiosos y religiosas deberíamos ser los “especialistas” en el descubrimiento de la presencia de Cristo en los pobres. Lo hemos recordado al hablar del aporte a la Teología de la Liberación.

3.7. El juicio sobre la realización definitiva de la historia – El voto de **obediencia** vincula nuestra libertad y voluntad con la de Dios. Lo “último” de la obediencia al sentido de la creación, juzgará nuestra obediencia “penúltima” en circunstancias y mediadores de la voluntad divina.

El texto de Mateo 25,31-46, ha sido el clásico texto para destacar la actitud hacia los pobres como criterio de juicio de salvación y de condenación. Pero se ha dado poca importancia a la vinculación que existe entre la Protología y la Escatología, a pesar de estar claramente enunciada: *“Vengan, benditos de mi Padre, reciban la herencia del Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo”*.

El “**fin del mundo**” tiene **dos sentidos**: el de **término** (el mundo que comenzó se acaba) y el de **finalidad** (el mundo que fue creado es coronado por la “herencia del Reino”). Este segundo sentido es el

que une el mundo creado como proyecto y abierto a nuestra libertad, y el mundo como resultado final de acciones humanas y de la gracia de Dios.

La creación realizada por Dios pone en el escenario cósmico a personas y cosas: a las **primeras** se pide perpetuar la especie humana por el amor que une dos seres “en una sola carne”; las **segundas** son dadas como objetos sobre los cuales debe ejercitar el dominio; las cosas deben estar al servicio de la vida satisfaciendo las necesidades humanas desde las elementales como bebida, comida y vestido, hacia las más sofisticadas como techo y solidaridad en la soledad de la enfermedad o de la prisión.

La narrativa del juicio final destaca la necesidad de ser ayudados en forma gratuita; no se cobran los servicios. Los objetos que se comparten son ofrenda de persona a persona. El mayor uso y dominio de las cosas es acercar a las personas por el reconocimiento de que las necesidades de todo ser humano son invitaciones para el don y la generosidad; y el mayor don que un ser humano puede dar a otro es “**estar presente**” allí donde otro ser humano no tiene a nadie en su lado.

La voluntad del Creador ha sido obedecida, cosas y personas han entrado en modos de relación que han agradado al Creador: para eso fueron creadas. Pero hay además un aspecto fundamental: **haber actuado de esa manera es haber alcanzado al propio Hijo, hecho carne en los carentes y en los donantes.**

La Encarnación del Hijo es la línea divisoria de aprobación o condena. Sin embargo, el don gratuito de la fe por el que se reconoce paternidad y filiación parece no haber sido motivo consciente de la actuación que a unos ha salvado y a otros ha condenado. “**¿Cuándo te dimos de comer...?**”

Los motivos que da el Hijo indican que Él estaba presente en forma inexplicable en cada prójimo al que cada uno debía amar como a sí

mismo, es decir, se reconocía como humano al reconocer a otro ser humano carente y compartir con él o ella los propios bienes.

Pero ahora, al volver nuestra atención hacia lo escatológico estamos invitadas/os a vivir con coherencia el encuentro de Cristo en los pobres como futuro de la humanidad.

Todos seremos juzgados por esta medida, los creyentes y los no creyentes. Los dos grandes grupos que serán separados en el juicio final no serán los de los que saben que Cristo está en los pobres y los que no lo saben, sino **los que amaron a los pobres** y los que no los amaron. Habrá creyentes que no amaron, y no-creyentes que sí amaron. El juicio no se decide sobre lo que sabemos o confesamos, sino sobre lo que **hacemos** o dejamos de hacer.

Este es el futuro de la humanidad al que la Vida Religiosa debe dedicar su empeño por anunciarlo y vivirlo. Este es el futuro “ético” que exige la conversión de los corazones, y no el futuro “técnico” que tanto fascina al mundo y nos encierra a todas y todos en el vértigo del consumismo egoísta.

La comunidad de discípulos misioneros se articula en torno al maestro; esto vale para todos los discípulos en todos los tiempos, pero hay que ser conscientes de la diferencia inevitable entre los discípulos pre-pascuales que convivieron personalmente con Cristo y los post-pascuales, que formamos el resto a través de todos los siglos.

Nuestra experiencia de encuentro con el Maestro será diferente a la de ellos; será búsqueda y encuentro en “lugares” donde sabemos que está, pero por la fe: la Palabra, la Iglesia, la Eucaristía y el Pobre. Las tres primeras presencias nacen ya de la fe; en la cuarta hay una realidad palpable a nuestros sentidos: la existencia del pobre, y una realidad de fe: en esa existencia se encuentra Cristo.

Nuestra misión nos envía a un mundo donde hay pobres, y nuestro modo de hablar de ellos, de tratarlos y de preferirles anuncia mejor que nuestras palabras, la certeza de que en ellos está Cristo.

El futuro de la humanidad será juzgado desde los pobres, desde nuestra actitud gratuita de servirlos. La humanidad será dividida en dos grupos, pero no de los que tienen fe y los que no la tienen; sino de quienes dieron de comer al pobre hambriento o no lo hicieron; de tal modo que habrá creyentes que no serán aceptados y no creyentes que sí serán aceptados, habrá creyentes y no creyentes que no dieron de comer, y creyentes y no creyentes que sí dieron de comer.

El futuro de la humanidad será un **juicio sobre nuestras obras** y no sobre nuestros saberes o nuestras palabras. Este futuro es el que interesa y la Iglesia como comunidad de discípulos-misioneros existe para conducirnos al servicio de los pobres.

En nuestro modo de acercarnos a ellos, explicitando nuestro profundo respeto y amor al Cristo reconocido en ellos se anuncia del modo más claro posible nuestro mensaje misionero. Tiene que haber una diferencia visible en nuestro modo de amar y servir al pobre que llame la atención del no-creyente. Para ser testigos de esta fe en una comunidad hemos sido elegidos y esta es nuestra vocación en el mundo.

Nuestro carisma no es el único ni el más importante. **¿Cómo se mide la “importancia” de los carismas? ¿Por lo que son “en sí” en forma abstracta, o por el modo de ser vividos, en forma concreta?** Puede haber carismas sencillos y humildes pero que iluminan más a los otros en su encuentro con Cristo. La viuda que puso centavos en el depósito de limosnas del templo, significó más luz que los que pusieron tal vez millones.

Jesús nos invita a este modo de reconocer los carismas, a huir de toda ostentación, a vivir en la autenticidad y en el amor de la sencillez y de la verdad. Nuestro trabajo misionero exige que, con todo nuestro

corazón y razón sepamos hacer que la comunidad sea el ambiente en donde la autoridad sea ejercitada en forma evangélica. Que la fraternidad de los que se sientan a la mesa sea enseñada por la humildad de las autoridades que interpretan su tarea como servicio así como Jesús lavó los pies a los discípulos.

El futuro nos espera; estamos llamados a construir una Iglesia con raíces en Aparecida, por el tema del discipulado. Se trata de comprender nuestra misión como sentido de una comunidad de Vida Religiosa, y como encuentro de discípulas/os con el maestro encontrado en los pobres y en los otros tres lugares de presencia por la fe: Palabra, Iglesia, Eucaristía. Aquí se define nuestra misión. El futuro de toda la humanidad juzgado desde Mateo 25, debe orientar todos los futuros, próximos y remotos hacia el encuentro de Cristo en los pobres.

Si en la narración del Juicio se recuerda el “inicio de la creación” y se establece el juicio de la historia por las obras de servicio al prójimo, desde esta escatología tienen sentido nuestros votos, porque la **castidad** de “vivir como ángeles” es volver a la unidad humana del amor interpersonal en la universalidad de los “prójimos” a los que verdaderamente amaremos como a nosotros mismos; y la **pobreza** nos habrá conducido al misterio de quien se hizo por la Encarnación nuestro prójimo en todo lugar y tiempo. Y de este modo habremos **obedecido** la voluntad del Padre de hermanos y hermanas que usaron el mundo creado para la gloria del Creador.

.....
¹ El Papa Juan Pablo II desarrolla los dos “primados” en *Mulieris Dignitatem* 27, b, y aclara: “este perfil mariano es también, si no más, fundamental y característico para la Iglesia cuanto el perfil apostólico y petrino al cual está profundamente unido...”, nota 55.

² Citado en *Mulieris Dignitatem*, 16, nota 38.

³ Pablo VI, *Octogésima Adveniens*, 31-34.

⁴ *Libertatis Nuntius*, 1984; *Libertatis Conscientia*, 1986.

⁵ Puebla, n. 31- 39.

⁶ Juan Pablo II, *Novo Milennio ineunte*, 49.

⁷ Benedicto XVI, *Discurso inaugural en Aparecida*, 3.

